

Es una ciudad grande. Tan grande que en un día vienen y van muchos del mundo. En un rincón de ella nació ese viejo que se adivina tras los cristales, ese viejo que espera tranquilamente, casi con ilusión el momento en que la pena de los suyos le abra las verjas del apacible cementerio del noroeste. Aquí en el barrio sólo le quedan recuerdos, allí tiene a todos sus amigos. Ya le falta poco para decirles «¡Muchachos aquí estoy! ¿Me estábais esperando, verdad? ¿A qué jugamos?». Ahora no le dejan ni salir a la calle, ahora dicen que siempre hace frío. Sentado en la silla, la nariz pegada junto al ventanal, mira la calle. Horas y horas ensuciando con su aliento los cristales, la calle es un mundo que no acaba nunca. Desde su observatorio divisa una amplia zona de acera en la que se reúnen a determinadas horas los chavales del barrio. Los chicos de su barrio son cosa seria, se han hecho famosos en toda la ciudad, en realidad lo han sido siempre. Ellos han contribuido a la fama de las callejas tortuosas, llenas de desniveles, ellos han puesto «ángel» en el ambiente perfumado por el alcohol de las tascas y en homenaje a ellos parecen caer de los balcones los pétalos de los geranios.

Viven en la calle, al aire libre pero no son arrapiezos abandonados, tienen una casa y más o menos una familia. No son violentos, ni roban, porque coger una sandía para calmar la sed no es robar, e hincharse las narices de vez en cuando es para ellos pura ley.

Con los ex-pantalones de su padre, una chaqueta en la que se pierden y un pelo largo que les crece hasta debajo de las orejas, estos arrapiezos forman pandillas que se enseñorean de plazas y calles e imponen sus jerarquías. Las pandillas tienen cierto respeto a las leyes e incluso llegan a establecer pactos con los guardias del tráfico y los tenderos. Sus principales enemigos son los automovilistas, usurpadores chillones de su terreno. Las pandillas están formadas por hijos del pueblo, pilluelos prácticos e ingeniosos, con una filosofía de la vida aprendida del asfalto callejero y del fumar colillas pero con un especial aire poético, porque son capaces de colocar un petardo entre las patas de un asno con cierta poesía.

El grupo ha ido aumentando. Corriendo raramente para evitar la pérdida de sus enormes zapatos, llega un nuevo compinche que a modo de saludo se lleva la mano a la visera de la gorra.

—Mi hermano no puede venir.

—¿Pero por qué?

—Ya lo sabéis, el tipo de la barba le está pintando dice que con su gorra y una colilla está muy original.

—Lo que hace tu hermano sólo lo hacen las mujeres

—¡Cochina envidial! Vosotros quisiérais la propinaza y los rubios que él se fuma.

Dejaos de jarana y vamos a proponer planes para esta tarde.

—Yo iría a la estación a llevar maletas a los turistas

—Yo a hacer rodar las sandías del mercado.

—Lo más divertido es embotellar el tráfico.

Mientras discuten Nick y Teo juegan a balas. Se han apostado una naranja. Teo arde en deseos de ganarlo, sólo las come cuando las escamotea. Las bolitas al chocar parecen lanzar grititos. Nick y Teo tienen una hermana, sólo que uno la quiere y otro no. Nick comprende muy bien que su amigo no quiera a su hermana «Todas las de su clase son malas», suele decir. La hermana de Teo se pasa la vida en los bares, pintarrajeada y fumando con rabia. La hermana de Nick es más jovencita lleva una trenza hasta media espalda, tiene unos ojos de

cielo y se llama Rossy. Rossy sueña con la llegada del amor, ella sabe que hay un muchacho en el barrio... Siempre hay un muchacho en el barrio.

Se acabó la discusión. Irán a coger gatos. Con algarabía se pierden calle arriba. Corren y gritan hasta llegar donde las calles no pueden ser más estrechas. Allí está lleno de gatos. Pero los gatos no son tontos y suben a los árboles y se escurren por las empalizadas y arañan los muy condenados. Han divisado a uno, despacio, sin ruido, se acercan en dos grupos. El silencio se rompe. «¡A él, a él!». El bicho da un brinco, una piedra le ha dado de lleno pero logra escapar entre el laberinto de piernas.

A los pocos minutos dan con otro. Hay que tomar precauciones, ese no puede escapar. Es un gato negro, de los que les brillan los ojos, de los más molestos. Los niños dominan sus impulsos varios pasan delante de él, los otros se han quedado atrás. El gato está en medio de los atacantes, arquea el lomo, intuye el peligro. Leo da un salto inverosímil y aterriza contra el suelo pero tampoco ha podido cogerlo. Otro que se escapa. Todos le persiguen, pero el bicho tiene cuatro patas y corre más.

Ahora salen recelosos gatos de todos los rincones, olfatean el aire, dan vueltas, ninguno se atreve a coger la pescadilla tirada en medio de la calzada. El que lo hace es uno de los pequeños. Y con ella en la mano se marchan de allí. Y todos los gatos detrás. Así una calle y otra. Los chicos se parten de risa. ¡Vaya redada! Las gentes al verlos también se rien.

Hay una chica en el barrio y hay un muchacho en el barrio, y por ello quizás hay un destino que entrelaza caprichosamente las vidas de los seres y luego se marcha indiferente. La pandilla se ha cruzado con una pareja ensimismada. Nick se ha extrañado bastante, nunca había visto a su hermana mano sobre mano con un hombre.

Los cazadores de gatos en su deambular pasan ante una casa con un viejo pegado en la ventana. Al llegar a la puerta del mercado se hablan al oído, les baila la risa en los ojos, entran. De chaquetas y jerseys salen débiles maullidos. La pescatera tiene un moño y unos brazos descomunales. «¡Pescado frescol!» Y de pronto: uno... dos... tres gatos cruzan el aire para caer entre los pescados y el hielo. La mujer lanza unos improperios descomunales, un guardia se acerca, los traviesos desaparecen.

El día ha ido pasando, se ha vuelto negro. En la noche, junto al barracón de madera, entre vallas y aduquines levantados, duerme el rescoldo de un fuego. A la noche seguirá otro día, un nuevo día en el una mujercita pensará llorando en su primer amor. Los hijos del cartero, del cobrador de autobús y del taxista volverán a alegrar la calle para alegrar la vejez de un ex pillote, un viejecito que sabe que la historia de la hermana de Teo empezó como la de Rossy, pero tiene tanta prisa por ir a jugar con sus amigos que no sabrá si la de ésta acabará como la de la que fuma con rabia.

Las pisadas suenan a remordimiento al bajar la escalera. Ya ha amanecido, cuando ella y él se dicen el último adiós bajo el portal. Las aceras están mojadas. Pasa el primer autobús. Las campanas de la parroquia llaman a los primeros fieles. Una neblina de plata envuelve casas y árboles. Por ella, carretera adelante, se pierde un muchacho que vive en el barrio.

Juan José Plandolit